

# CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación  
Instituto Teológico de Murcia O.F.M. -

Volumen VIII  
Enero-Diciembre 1992  
Números 13-14

## AMERICA VARIACIONES DE FUTURO (II)

### IV. TEOLOGIA

**J. B. Metz**

*Teología e Iglesia en Latinoamérica. Elementos proféticos del cristianismo actual* ..... 481

**J. Moltmann**

*Teología Política y Teología de la Liberación* ..... 489

**J. J. Tamayo Acosta**

*Elementos de futuro en la Teología de la Liberación* ..... 503

**A. Tornos**

*¿Hacia el descubrimiento y valoración positiva de lo característico de Latinoamérica?* ..... 593

**X. Pikaza**

*Apocalipsis de Juan: origen y fin de la violencia* ..... 609

**J. Moltmann**

*La pasión de Cristo y el dolor de Dios* ..... 641

- *La cuestión de la compasión e impasibilidad de Dios. Carta a K. Rahner* ..... 657

**D. Borobio**

*Evangelización y sacramentos en la Nueva España (s. XVI). Lecciones de ayer para hoy* ..... 661

## AMERICA

### VARIACIONES DE FUTURO (II)

**F. Martínez Fresneda**  
*La Declaración de Guadalajara, fragmento de esperanza* ..... 691

**J. Losada**  
*La actual eclesiología latinoamericana* ..... 711

#### V. FRANCISCANISMO

**J.-G. Bougerol**  
*Reflexiones sobre la Iglesia* ..... 745

**J. A. Merino**  
*Antropología Franciscana y Liberación* ..... 757

**B. Tapia**  
*Identidad del Franciscanismo en la América Latina del futuro* ..... 773

**J. Hernández Valenzuela**  
*Un modelo de evangelización: Francisco de Asís* ..... 839

**L. Boff**  
*Nueva evangelización: El Evangelio sin poder* ..... 857

#### BIBLIOGRAFIA

**R. Sanz - F. Oliver**  
*Publicaciones sobre América, sentido y orientación* ..... 889

**A. Galindo García**  
*Actualidad de la Doctrina Social de la Iglesia. Boletín bibliográfico* ..... 909

**INDICE GENERAL** ..... 989

## APOCALIPSIS DE JUAN: ORIGEN Y FIN DE LA VIOLENCIA

X. PIKAZA

### 1) APOCALIPTICA: UNA FORMA DE EXPERIENCIA

Suele decirse, actualizando de algún modo la famosa distinción de Pablo en 1 Cor 1,11, que *los griegos* se interesan por la imagen, mientras *los judíos* atienden a la voz de la palabra. Se oponen de esa forma dos culturas: una más abierta a las ideas que aparecen como aquella que nosotros contemplamos por la mente (griegos), otra más centrada en el mandato que interpela y nos dirige en el camino de la historia (judíos).

*Los griegos* acentúan la imagen y la idea. Ellos inquietan el sentido eterno de la realidad, interesados por aquello que siempre permanece. Más allá del mundo externo en el que todo nace y muere, más allá del gran proceso del eterno retorno de las cosas donde aquella misma "physis" o naturaleza que aparece como madre engendradora actúa luego como seno funerario donde acaba la vida de los muertos, viene a revelarse por la religión de los dioses del Olimpo la verdad y belleza eterna de los hombres. Por eso ellos definen a los dioses con el nombre de *inmortales*: así vienen a expresarse como realidad fundante, sin origen y sin meta, sin principio ni final; ellos reflejan y revelan sobre el mundo aquello que es en sí, que es siempre verdadero.

Los dioses griegos brillan en gloriosa "epifanía" desplegando ante los hombres su belleza eterna. Por eso pueden expresarse como imagen, en el signo de una estatua. No tienen que hablar, no dicen nada: son por siempre y aparecen en momentos especiales ante la experiencia del devoto, que se siente acompañado por los hijos de Atenea, o alumbrado por la luz

clara de Apolo y potenciado por la fuerza joven de Artemisa etc. Los dioses son por siempre, y de esa forma revelan a los hombres la hermosura y el valor de aquello que jamás se muda.

Así lo ha visto, en el plano racional, el pensamiento de Platón. En un nivel externo, de materia, todo lo que existe sobre el mundo (incluido el hombre) nace muere, en camino en que no hallamos ni meta ni principio. Pero, en nivel de hondura plena, las cosas son "idea", es decir, verdad eterna: de esa forma participan en el brillo de los dioses. Por la función que ellos realizan, las ideas de Platón son semejantes a esos dioses: son imagen concreta de lo eterno, la verdad misma de aquello que siempre permanece. Por eso en frase que se aplica de igual forma a religión y pensamiento hemos dicho que los griegos buscan la sabiduría que se expresa a través de la mirada, en visión contemplativa.

Por el contrario, los *judios* se hallan siempre atentos a la voz de la palabra (Dios) que llama en el camino de la historia. Las cosas concretas del mundo son más que apariencia: los hombres no nacen y mueren en giro de eterno retorno en que todo está siendo lo mismo. Desde el mismo paso de esta vida, desde el fondo de la historia, los creyentes oyen la voz de un Dios Señor (Yahvé), que se revela como amigo y creador y les dirige hacia el futuro de la vida verdadera que es su misma plenitud humana.

Por eso, en el principio de la "ley" judía hallamos una norma imperativa: "no te harás imagen (ídolo), figura ninguna de aquello que existe arriba sobre el cielo, ni tampoco de aquello que se encuentra en la tierra o bajo tierra, en el abismo de las aguas" (Cf Ex 20,4;Dt 5,9). Lo divino no se expresa según eso como "idea" permanente, imagen que pudiera mirarse con los ojos, contemplarse con la mente, interpretarse como hondura quieta de las cosas que en el mundo van cambiando.<sup>1</sup>

Hay en la base de la religión israelita un elemento radical de iconoclastia: la verdad del hombre ha de buscarse más allá de las imágenes visibles (materiales o mentales) que se puedan hacer sobre la tierra. Estamos en la línea de eso que ha querido expresar el arte abstracto, explorando y tanteando los confines de una nueva realidad que emerge más allá de las ideas y formas sensoriales y mentales.

Sobre el vacío que ha dejado aquí la ausencia de iconos o de imágenes se entiende el surgimiento de tres grandes experiencias: la persona humana, Dios y la palabra. Ellas han marcado de una forma nueva todo el destino

---

<sup>1</sup> Sobre la prohibición bíblica de las imágenes sigue siendo clásico el trabajo de W. Zimmerli, *Das zweite Gebot*, en *Gottes Offenbarung. Gesammelte Aufsätze*, Kaiser V., München 1963, 234-248. Ofrece también una visión aguda del tema J. P. Miranda, *Marx y la Biblia*, Sígueme, Salamanca 1972, 59-67.

de occidente y del conjunto de la humanidad. Ellas permiten que seamos aquello que ahora somos (o podemos ser) en nuestra historia.

No puede modelarse ícono alguno o figura idolátrica de Dios porque su ícono verdadero es ahora *el hombre concreto* en el camino de la historia. Los griegos divinizan un rasgo ideal o general, del ser humano, manifestado en las figuras alternantes y complementarias de Apolo o Atenea, de Zeus, Hermes, Afrodita o Artemisa, olvidando o relegando así a un nivel más secundario a los que viven en la historia (los mortales). Pues bien, en contra de eso, los judíos han tomado como signo y expresión de Dios a los mismísimos mortales, a los hombres concretos que nacen, sufren y mueren en el breve camino de la historia. Más allá de las visiones eternas, por encima de los ídolos o dioses de la mente, superando las ideas de Platón, importa ahora cada uno de los hombres. Ellos son imagen o presencia de Dios sobre la tierra.

De esta forma, resaltando la importancia que tiene cada hombre, los judíos han podido *liberar al mismo Dios*, dejándole que sea en su verdad, como divino, más allá de todo aquello que nosotros ideamos (pintamos o pensamos). Esta visión de trascendencia y libertad de Dios (que actúa y vive en sí, en autonomía) libera al ser humano, haciéndole capaz de descubrir su propia identidad y su exigencia dentro del camino de la historia. Por eso son sagrados ante Dios (y ante los otros hombres) precisamente aquellos que parecen más ineficaces, más inútiles e incluso más odiosos dentro del conjunto: los huérfanos y viudas, los pobres y extranjeros. La infinita trascendencia de Dios brilla precisamente allí donde no existe belleza ideal al modo griego: más que esbozar y así adorar la gran belleza de Dios (idolatría) en el rostro perfecto de Afrodita, Atenea, Apolo o Zeus importa descubrir y ayudar al verdadero Dios en el rostro del hombre perseguido o destruido, del huérfano y la viuda. Esto significa que ha emergido un resplandor o gloria de Dios más allá de la hermosura "clásica" o eterna de los hombres que los griegos descubrieron y expresaron en sus signos religiosos.

Así lo han descubierto y proclamado los profetas que aparecen dentro de la historia de Israel como transmisores de la *Palabra*. Ellos no "esculpen" a Dios en una imagen (como Fídias); tampoco filosofan sobre la verdad eterna contenida en las ideas o virtudes de los hombres, como el Sócrates platónico. Los profetas de Israel escuchan y transmiten la palabra de un Dios que viene y que dialoga con los hombres en camino de fidelidad (alianza), haciéndoles capaces de tender por la justicia hacia el futuro verdadero de lo humano, al mesianismo de la reconciliación definitiva. No habrá entonces un desfase entre aquello que ahora somos (plano material, violencia y muerte) y aquello que anhelamos (verdad y plenitud que han

entrevisto las ideas). Los dos planos que los griegos presentaron como separados se unirán del todo, en gesto de plenificación humana y cumplimiento de la historia.

Así los mismos profetas que insistían en la necesidad de superar los ídolos (no existe imagen de Dios), han suscitado en su palabra de llamada y de promesa la más impresionante de todas las imágenes humanas y divinas conocidas en la historia mundial de la cultura: han trazado un paraíso final de reconciliación para los hombres que encuentran a Dios y se encuentran en paz sobre una tierra que les abre sus tesoros de riqueza, hermandad y gloria.(cf Is 2,2-5)<sup>2</sup>.

De esa manera, aquellos mismos judíos que podían parecernos el pueblo de la austeridad visual (no tienen ni imágenes de Dios) se muestran a la postre como el pueblo de las más ricas imágenes que abren la experiencia y esperanza de los hombres para encaminarlos al futuro de su historia. Así lo ha revelado su profunda *tradición apocalíptica* que ahora estudiaremos con mayor detalle, culminando en la visión final cristiana. (ApJn).

*Apocalipsis* significa manifestación de aquello que se hallaba antes velado o escondido. Los judíos saben desde el siglo IV-III a.d.C. que el futuro de la historia se iba abriendo para el hombre, como habían indicado ya en momentos anteriores los profetas. La palabra de promesa va a cumplirse: llegará de esa manera el fin o meta donde todo encuentra su verdad y culmina para siempre. De esa manera pueden evocarse desde ahora las señales y caminos, las figuras principales y los riesgos del gran drama de la historia que se expresa en grandes signos o en imágenes del tipo escatológico que trazan un camino dentro de la historia.

Volvamos otra vez a nuestra gran comparación. *Los griegos* descubrían (pintaban e ideaban) aquello que siempre permanece: no se puede cambiar nada, basta que sepamos lo que somos, que nos reconozcamos en los rasgos hermosos o bestiales (sobre todo hermosos) de los grandes dioses del Olimpo. Se abre ante nosotros lo que siempre existe, como ideal de eternidad que no podemos ni debemos cambiar con nuestras vanas pretensiones; por eso, más allá del "conócete a ti mismo" (gnothi seauton) del Oráculo de Delfos, asumido por todo el helenismo, no se puede buscar ni proyectar cosa ninguna. En contra de eso, *los judíos* han reconocido la existencia de Dios como el que habita y obra trascendiendo todo aquello que nosotros conocemos. De esa forma han descubierto que el futuro del hombre no se encuentra escrito de antemano: no puede pintarse o esculpirse en imágenes que valen

---

<sup>2</sup> Sólo la crítica antiidolátrica de los profetas, (cf. J.L. Sicre, *Los dioses olvidados*, Cristiandad, Madrid 1979) permite comprender su mesianismo, como han destacado siempre los teólogos judíos.

desde siempre y para siempre. El futuro depende de aquello que haga Dios y de una forma peculiar de aquello que los hombres quieran y realicen (escuchando o no escuchando la voz de lo Divino).

Por eso, *los apocalípticos judíos* no evocan en sus libros visiones de "lo que existe", sino aquello que los hombres han de hacer que exista respondiendo a Dios con su conducta. Sus visiones y figuras referidas al futuro de lo humano no han de verse como simple ilustración de lo que siempre habla. Son una advertencia muy urgente, son llamada a la respuesta de aquellos que las miran o que escuchan la voz de su relato. Las mismas visiones se vuelven así parte o elemento decisivo de un gran "drama". Quien escucha la palabra de visión se descubre responsable: su vida misma está implicada en lo que viene. Por eso ha de entender e interpretar las grandes imágenes que el libro del vidente evoca a través de su actitud y compromiso. No viene en el futuro lo que siempre había; viene aquello que el hombre hace venir ante la imagen creadora de la acción de la divinidad.

Ciertamente, la misma *profecía* israelita estaba cargada de imágenes y signos verbales (literarios). Ellos compensaban la carencia de imágenes fijadas a nivel intemporal (ideas hechas, esculturas pintadas). Desarrollando esa línea la nueva *apocalíptica* ha llegado a convertirse en la literatura de la imagen más intensa. Podemos afirmar que su misma palabra se hace signo, visión evocadora y creadora de un futuro de Dios que aparece como plenitud para los hombres.

Ese futuro se proyecta de manera radical sobre el presente, interpretando ahora como tiempo final, escatológico: nos hallamos en el centro del gran drama, vivimos implicados (coimplicados) en aquello que se está desarrollando sobre el mundo. Lógicamente, como estamos indicando, las figuras que el apocalíptico evoca y va formando no son *imágenes para ver*, en actitud pasiva. La palabra del apocalíptico suscita *imágenes para actuar* o, quizá mejor, para interpretar y realizar por medio de ellas su existencia<sup>3</sup>.

Icono idólatrico es aquello que se impone desde arriba o desde fuera, haciéndonos pasivos ante el propio camino de la vida. Por el contrario, la *imagen o visión apocalíptica* se expresa y actualiza en forma de palabra: descubre ante nosotros un nuevo horizonte de realidad, nos permite conocer un nuevo aspecto de Dios y nos invita o conmina a realizarnos en gestos y señales de amenaza y bendición, de gracia y exigencia. La misma visión se convierte así en palabra creadora que nos hace realizarnos como responsables del futuro.

---

<sup>3</sup> Cf. D.S. Russell, *The Method and Message of Jewish Apocalyptic*. SCM, London 1971; P. Sacchi, *L'Apocalittica Giudaica e la sua Storia*, Paideia, Brescia 1990.

Estas imágenes apocalípticas dicen o expresan aquello que es siempre indecible: lo dicen cambiando, según los momentos, se adaptan al hombre que escucha y acercan así la misma verdad y palabra de la profecía a unos oyentes que parecen muchas veces angustiados, en trance de perder su identidad y su futuro ante la inmensa perversión que nos angustia y amenaza. Pero dando un paso más debemos añadir que *las imágenes dicen lo indecible* no sólo porque es Dios el que se expresa a través de ellas sino también (y sobre todo) porque somos nosotros los que estamos llamados a "decirnos".

Tomadas en sí mismas, *las imágenes no son*, carecen de existencia externa. No son pero *nos hacen ser*: expresan la amenaza de este mundo, el riesgo fuerte de violencia de los hombres, y nos hacen decirnos, diciendo aquello que queremos ser desde la misma voz y claridad de lo Divino. Las imágenes no son. *El que es* es Dios y *los que son*, en Dios y desde Dios, somos nosotros, en camino de amenaza y esperanza de futuro.

Las visiones de que hablamos constituyen eso que pudiéramos llamar una *palabra-imagen*: son mensaje abierto en forma de figura, son parábola dramática en que el mismo oyente debe introducirse para responder y comprenderse. Ciertamente, el mismo libro apocalíptico ha querido ofrecernos una ayuda para interpretar sus signos: de esa forma hace que actúe con frecuencia la palabra de un "ángel hermeneuta", que dirige-orienta en la maraña de los signos que parecen a veces complicarse de manera extraña, incongruente. Pero vistas desde el fondo, bien miradas y escuchadas, las imágenes que evocan los libros de la tradición apocalíptica judía del III a. de C. al I.d. de Cristo (recogidos bajo el nombre de Isaías, Daniel, Enoc, Baruc o Esdras), acaban siendo luminosas y sencillas. El mismo lector debe introducirse en ellas para traducirlas en su vida y de esa forma actualizarlas.

Pero vengamos a los temas más concretos y empecemos indicando ya que el mundo entero y sobre todo la historia de los hombres se hace imagen en la apocalíptica. Como *figura-supraicónica* que sólo algunas veces puede introducirse de manera inmediata en el proceso se halla Dios. Es el agente principal: llama, dirige, anima, juzga el camino de la historia, pero apenas puede presentarse de un modo directo, como un actor concreto dentro del conjunto de actores del gran drama. Dios preside todo, desde un trono de bondad-justicia; pero deja que los hombres (y los diablos) sean quienes tracen de inmediato las etapas del gran drama.

Esta es la historia: un gran *drama teológico*, una especie de auto sacramental donde nosotros mismos definimos y orientamos el proceso de la acción que se va desarrollando. No existe partitura escrita de antemano,

aunque se sabe ya, por gracia de Dios, el resultado o desenlace general de toda nuestra historia: ha de triunfar el mismo Dios sobre la lucha y violencia de los hombres. No estando ya fijadas las escenas de aquello que ha de haber, los mismos *actores* se convierten en *autores* de su vida: nosotros mismos vamos fijando nuestro papel, al situarnos en uno u otro lado de ese gran proceso de la historia<sup>4</sup>.

El drama apocalíptico simplifica o, quizá mejor, condensa la realidad, fijando en formas antagónicas precisas, el camino de la historia. Muchas veces se ha entendido mal su esquematismo, interpretado en forma maniquea o predestinacionista. Algunos estarían "obligados" a ser malos ya por nacimiento, condenados a la ira o destrucción desde el principio, por naturaleza. Otros serían buenos sin motivo personal, sólo por gracia de Dios que les coloca sobre el lado positivo. Pues bien, esta manera de entender el texto lo "racionaliza", olvidando su carácter de imagen y llamada. Las figuras que aparecen en la trama no poseen existencia independiente, no se pueden tomar como "objetivas" y fijadas de antemano. Ellas tienen que ser interpretadas por el mismo oyente que les va ofreciendo así su concreción y su verdad, como luego indicaremos.

Pero volvamos al principio y fijemos ya mejor los rasgos principales del espacio en que se mueven las imágenes fundantes de la apocalíptica. De un modo muy convencional podemos concretarla distinguiendo cinco motivos o elementos conformantes, que definen el sentido y meta de la trama de la historia:

1.- Hay una *simbólica del mal interpretado como satanismo*. Las tradiciones más normativas de la Biblia, de Gen 2-4 a Pablo (Rom 1-5), han entendido el mal en clave humana: los mismos hombres rompen la armonía de su vida, rechazando el plan de amor-verdad de lo divino, así se han vuelto pecadores. Pues bien, en contra de eso y desplegando rasgos que encontramos ya en antiguas tradiciones de la misma Biblia (cf Gen 6,1-8), los apocalípticos evocan con rigor, desde un principio, la figura de "Satán", un tentador o diablo sobrehumano que se aparta de Dios, siembra la maldad en nuestra historia e introduce dentro de ella los principios de la más dura violencia y de la muerte. No olvidemos que Satán y sus demonios tentadores, opresivos, destructores, aparecen en los textos como un signo del mal y no a manera de conceptos racionales. Ellos no definen,

---

<sup>4</sup> Sobre el hombre como agente, autor y actor de sus acciones ha pensado X. Zubiri en *El hombre y Dios*, Alianza, Madrid 1984, 76-78. En esa línea deberían precisarse nuestras reflexiones.

no argumentan, no demuestran: son el símbolo más fuerte de un poder de perversión que nos adviene y amenaza desde dentro de la propia historia.

2.- Aquí hallamos igualmente una *simbólica perversa de la historia*. Aquellos mismos imperios triunfadores de la historia, que en otra perspectiva se podría tomar como expresión de la potencia o la riqueza de la tierra, ofrecen aquí un rostro invertido: son señal de lo diabólico. Recordemos a las bestias de Dan 7 que expresan eso que podemos llamar la "antirazón" del gran progreso humano reflejado en los imperios de Babel, Persia, helenismo y Siria (o Roma). Tampoco en este caso hallamos argumentos

El gran vidente mira hacia la historia, descubriendo en ella, la más fuerte idolatría o perversión antdivina del poder, que se convierte en principio de dolor, persecución y muerte para todos los fieles y pequeños de la tierra. Estas bestias del poder que se combaten mutuamente, rechazando y destruyendo siempre a los más pobres, son "encarnación de Satanás", el enemigo de Dios que se revela en nuestra historia.

3.- Es fundamental aunque externamente menos grandiosa, (aparatosa), *la visión de los que acogen la palabra de Dios* (los elegidos). Ellos pueden presentarse con el signo de animales mansos (son ovejas de Dios) y casi siempre aparecen como pobres, dispersos, oprimidos. Pero tienen algo más valioso que la misma potencia de las bestias: escuchan la palabra de gracia y exigencia o de promesa de su Dios y así logran comprender y realizar su historia, a través de las visiones que transmite para ellos la misma "propaganda apocalíptica". Le llamo propaganda en el sentido mejor de la palabra: allí donde parece que triunfa la violencia alguien resiste. Parece que no tiene fuerza, pero cuenta con los sueños y visiones del profeta que le animan para mantenerse en actitud de resistencia. Estos (elegidos de Dios) son los actores verdaderos del gran drama: saben los poderes que maneja el adversario y se saben a sí mismos al hallarse sustentados por la voz de Dios que les incita a realizar o explicitar su obra sobre el mundo. El autor apocalíptico ha querido ofrecerles sus visiones. Ellos mismos han de convertirse luego en autores de su propia vida, siendo actores responsables del gran drama de Dios donde culmina nuestra historia. Su misma pequeñez se vuelve así más grande que todos los poderes de la tierra: conocen las visiones y así pueden resistir hasta triunfar en medio de la lucha de la tierra.

4.- Lógicamente, han de trazarse esas *imágenes de lucha*. Estamos en un tiempo de prueba. Los poderes del mal (grandes imperios de Satán) se

han levantado contra el pueblo de los santos (los judíos, los pequeños de la tierra). Humanamente hablando no existe ya salida ni respuesta a los problemas: extiéndose el mal, triunfa el violento y vence Satanás de tal manera que la misma creación buena de Dios corre el peligro de ser aniquilada. Pues bien, en esa situación nuestro vidente tiene la certeza de que Dios ha de actuar, renovando así o actualizando imágenes salvíficas de antaño: vencerá el Señor en *guerra santa*, o sobrehumana, destruyendo desde arriba a los perversos; derramará sus *plagas* sobre el mundo como en tiempos del éxodo de Egipto... En el centro de esa lucha viene a situarse casi siempre el gran *asalto de los pueblos* contra la ciudad de Dios (Jerusalén): cuando todo parezca destruido y ya Sión vaya a caer sin levantarse se alzaré el Señor aniquilando a los poderes adversarios y extendiendo de esa forma un reino de paz para Israel (y sus aliados) sobre todo el conjunto de la tierra.

5.- Surge, en fin, el signo de la *reconciliación mesiánica* entendida de manera normal como banquete de bodas o reinado del Mesías (y su pueblo) sobre todos los reinos de la tierra. Sobre ese fondo se proyectan luego otras imágenes: transformación cósmica (río de agua viva, árboles de frutos constantes...), triunfo de la nueva ciudad de los salvados (elevación y gloria universal de Jerusalén), resurrección de los que han muerto y reino de Dios para los justos etc., etc. La experiencia religiosa de los fieles perseguidos se convierte de esa forma en ejercicio de imaginación creadora. Creer significa mantenerse en medio de la lucha, suscitando así un futuro de esperanza<sup>5</sup>.

## 2) APOCALIPSIS DE JUAN: UNA HISTORIA DRAMÁTICA

Jesús ha proclamado la llegada del reino de Dios utilizando claves de esperanza apocalíptica: se presenta como Hijo del Hombre, anuncia un tiempo nuevo de bodas y de gozo para aquellos que acojan su palabra y se dispongan a aceptar la gracia salvadora etc. Pero al mismo tiempo ha introducido en la raíz de su mensaje unos motivos que resultan significativamente nuevos. En primer lugar, allí donde otros muchos videntes más tradicionales anunciaban el gran juicio de Dios, *Jesús ofrece perdón divino* a todos. Eso significa que ha invertido el esquema ya aceptado; precisamente allí donde la historia tenía que acabar ha comenzado para

---

<sup>5</sup> En esta línea pueden y deben recuperarse la reflexiones, por otro lado muy sesgadas, de E. Bloch, *El ateísmo cristiano*, Taurus, Madrid 1983, 79-118.

él la nueva historia. El juicio se convierte en principio de perdón; el talión de la venganza se transforma en apertura hacia la gracia. En segundo lugar, y superando el riesgo de un posible pasivismo (que sería dejar a Dios que actúe) *el mismo Jesús ha iniciado un camino del reino* ofreciendo perdón a los manchados del sistema, salud a los enfermos y esperanza a los que estaban ya sin esperanza.

Eso significa que Jesús invierte la fortuna apocalíptica haciendo que ella sea principio de actuación gratuita y salvadora en el lugar donde acababa ya la historia. De esa forma, las imágenes del fin del mundo y su condena se transforman por dentro para así mostrarse como don de gracia y exigencia (imperativo) de amor hacia los pobres. Precisamente aquí, sobre el lugar donde Jesús revive la exigencia apocalíptica y la invierte para convertirla en germen de amor gratificante y creador emerge el "cristianismo", es decir, su propio mesianismo. No olvidemos esto cuando luego nos centremos en la comprensión del ApJn.

Pudiéramos fijar mejor el tema y decir así que Cristo ha sido el mismo apocalipsis encarnado, que aparece en forma de evangelio, esto es, como llamada de amor y salvación para los pobres. De esa manera ha programado y recorrido un camino de experiencia mesiánica, ofreciendo su amor liberador hacia los pobres y perdidos (pecadores, enfermos, marginados) de su propio pueblo. Esa misma actitud le ha conducido a enfrentarse con los responsables superiores de Israel y Roma que, en nombre de sus propios "dioses nacionales" (de un judaísmo y un imperio estrechados en sí mismos), le han venido a condenar a muerte, rechazando así su forma de entender la apocalíptica y de hacerla fuente de evangelio.

Sobre esa condena y muerte de Jesús, rechazado por Israel y ajusticiado por Roma, se ha venido a construir el cristianismo como movimiento mesiánico, que ofrece su mensaje a todo el mundo. El movimiento sólo adquiere sentido desde el nuevo dato de la resurrección: algunos seguidores de Jesús (apóstoles, mujeres, parientes etc..) recibieron la experiencia fuerte de su vida tras la muerte; le descubrieron ya como Señor resucitado; reconociéndole también como Mesías, Hijo de Dios sobre la tierra.

Culmina de esta manera la inversión que ha iniciado Jesucristo. *Los judíos* se encontraban antes volcados al futuro: esperaban la venida de Dios y de su juicio sobre el mundo, bien alimentados por la fuerza de sus grandes visiones creadoras. Los cristianos han corrido el centro de atención hacia el pasado: más que aquello que vendrá a mostrarse un día (juicio final) importa aquello que está ya realizado por la pascua. En esa línea es lógico que algunas tendencias cristianas muy valiosas (como aquellas que se van manifestando en las escuelas de Pablo y Juan) vayan dejando cada vez más en la sombra el futuro apocalíptico: más que aquello que vendrá nos vale

aquello que tenemos y vivimos desde ahora, en la experiencia de Jesús, el Cristo, que es Señor del cielo y vida hecha Palabra de verdad para sus fieles.

A pesar de eso el mismo movimiento de Jesús ha conservado también con mucha fuerza la esperanza apocalíptica que estaba en el fondo de su vida y en la base de todo (casi todo) el judaísmo de su tiempo. Recordemos aquí que los judíos posteriores (tras el siglo II d. de C.) reprimieron los sueños e ideales de tipo apocalíptico que habían culminado para ellos en el gran desastre de las guerras del 76-80 y 132-135 d. de C.. Por eso destruyeron sus antiguos textos, conservados sólo por cristianos que han seguido fieles al mensaje de esperanza de Jesús<sup>6</sup>.

Dentro de la iglesia cristiana han cultivado la tensión apocalíptica diversos grupos que se encuentran vinculados a la tradición sinóptica (cf Mc 13 y par), al Pablo más antiguo (cf 1 Tes) y al gran libro del ApJn. De éste queremos ocuparnos brevemente en lo que sigue, destacando desde ahora sus rasgos o supuestos principales. Los que escriben y reciben la palabra de este libro siguen vinculados a la *tradición apocalíptica judía*, reflejada por ejemplo en Dan y en textos apócrifos del AT. Pero, al mismo tiempo ellos asumen los principios de la *vida y pascua de Jesús*, a quien veneran como revelador de Dios y centro de la historia. Finalmente ellos han sido objeto de *persecución* y la interpretan como signo de la lucha que las fuerzas de este mundo han elevado en contra de los fieles del Mesías. Así la pascua de Jesús, interpretada desde el fondo de la apocalíptica judía, se les muestra como base de esperanza escatológica: Cristo no es sencillamente un salvador pasado, es aquel que ha de venir, ratificando y culminando el drama de la historia. Sobre ese fondo se comprenden las imágenes y rasgos principales de este libro que tomamos como guía del gran drama cristiano de la historia. Pensamos que es preciso interpretarla de conjunto, sólo así se entienden sus motivos y momentos. Su estructura narrativa nos lleva a distinguir siete elementos<sup>7</sup>.

1) Como el mismo título del libro lo supone, el ApJn presenta la *revelación de Cristo* (ApJn 1,1) que aparece ante sus fieles como el enviado de Dios, principio, centro y culmen de la historia. Cuatro son, a mi entender, sus rasgos o funciones principales. Cristo es, ante todo, el gran

<sup>6</sup> Sobre el germen y sentido apocalíptico del primitivo cristianismo ofrecen visiones panorámicas distintas y complementarias autores como K. Koch, *The Rediscovery of Apocalyptic*, SCM, London 1972; A. Strobel, *Kerygma und Apokalyptic*, Vandenhoeck, Göttingen 1967; E.P. Sanders, *Jesus and Judaism*, SCM, London 1985, 91-156.

<sup>7</sup> Enclave literaria cf. U. Vanni, *La struttura letteraria dell'Apocalisse*, Morcelliana, Napoli 1980. Para una visión más teológica Id., *L'Apocalisse. Ermeneutica, esegesi, teologia*, EDB, Bologna 1988.

*Hijo del hombre*, la figura en que, conforme a lo que esperan Dan 7, 1En. y 4 Es 13, viene a cumplirse ya la historia israelita (cf ApJn 1,9-20) y se sostiene el nuevo tiempo de los fieles de la iglesia (ApJn 2-3). En segundo lugar Cristo aparece en nuestro libro como el *vencedor de la batalla escatológica*: así le vemos ya desde el principio de la guerra final como el jinete del caballo blanco (ApJn 6,1-2), que ha nacido sobre el mundo (cf ApJn 12,5) para triunfar con su palabra sobre todas las fuerzas opresoras (cf ApJn 19,11-16). En la conclusión del drama venimos a encontrarle en su más honda verdad como el *Esposo* de las bodas de la historia; la batalla tiene un fin hermoso, acaba como debe acabar, en matrimonio (ApJn 21-22).

2) ApJn es, a la vez, *libro de iglesia*. Por eso el drama decisivo de las grandes visiones y batallas (ApJn 4-22) ha de interpretarse desde el fondo de las siete breves cartas de consuelo y exigencia que el autor escribe a las comunidades más famosas de su entorno (Efeso, Esmirna, Pérgamo etc; cf ApJn 2-3). Las mismas cartas trazan el tema y contenido de conjunto de la obra: Juan, un hermano perseguido y confinado en la pequeña isla de Patmos (ApJn 1,9), ha transmitido su experiencia de Dios a los restantes fieles perseguidos, ofreciéndolas al lado de consejos y visiones la más honda palabra de liturgia de alabanza. Desde ese fondo todo el libro viene a presentarse como un bello cantoral lleno de salmos de esperanza: las visiones que explicitan el camino de Dios sobre la historia se convierten de esa forma en himno santo. ApJn no quiere razonar ni demostrar; su contenido no aparece en forma de argumento. Al fin de todos los caminos, alumbrados por la luz de Cristo, en medio del gran drama de la historia, los creyentes van mirando las diversas escenas del proceso escatológico y prorrumpan en un canto de alabanza (cf 7;11-12; 16,18-19 etc). Las visiones se traducen así en música sagrada. La palabra de la iglesia se convierte en himno de júbilo glorioso.

3) Desde la luz pascual de Cristo y en el fondo del gran canto de alabanza, los videntes pueden vislumbrar de alguna forma las señales *de la vida de Dios* en su más honda transcendencia. Todo el libro es una especie de expansión de la palabra "trinitaria" en que aparecen vinculados *Dios* (el que es, era y será), *Jesucristo* (el testigo fiel de Dios, resucitado de los muertos) y *el Espíritu Santo* (reflejado en los siete espíritus que animan la existencia de la iglesia) (Cf ApJn 1,4-5; 4,3-13). Lógicamente, en el principio de todas las visiones aparece *el Trono* primordial de Dios (su fuerza y su reinado); como formando la aureola de su gracia y señorío le acompañan y rodean *24 ancianos* (iglesia celestial), *7 espíritus* (iglesia de la historia) y *4 vivientes* (que son signo de este cosmos) (cf ApJn 4).

Todo el resto del libro aparece así como un despliegue de ese inmenso misterio fundante de Dios que se muestra a sus fieles llevando en su mano el "libro de los siete sellos" de la historia (ApJn 5,1). Este es el centro del relato, el lugar donde se encuentran y vinculan cielo y tierra. El libro de Dios está cerrado y bien sellado con siete fuertes llaves. Lloran todos: no hay sentido ni final para la historia, parece que ni Dios puede expresar su gracia y tiene que dejar ya que los hombres se destruyan sin fin en estallido asesino de violencia. Pero entonces suena la gran voz: hay uno que puede abrir los sellos, dirigiendo así el camino de la historia. Es Jesús, Cordero asinado y gran León Triunfante de la tribu de Judá (ApJn 5,4-7). Se acerca, toma el libro de Dios y de la historia entre sus manos, y así ofrece a nuestro autor toda la serie de visiones que después enmarcan y definen el camino de los hombres.

4) Ahora se entienden ya *los personajes* más salientes del gran drama. Dejamos a un lado otros actores secundarios (ángeles del juicio, profetas precursores, reyes perversos...) para concentrarnos de ese modo en los centrales. En el origen humano del gran drama, marcando de esa forma un contrapunto respecto de Gen 3, vienen a encontrarse *la mujer* (humanidad mesiánica) y con ella *la serpiente* (el enemigo de los hombres, el Gran Diablo). Pero ahora se ha invertido la historia original y la mujer no se ha dejado pervertir y ha dado a luz al salvador escatológico que es Cristo (ApJn 12). Como emisarios de Satán o la Serpiente emergen luego las tres grandes figuras que definen eso que pudiéramos llamar "la triada satánica": la *Primera Bestia* (imperio opresor), la *Segunda Bestia* (falsa profecía, religión perversa) y la *Perversa Prostituta* (la ciudad de Roma que aparece así como enemiga de Dios sobre la tierra) (Cf ApJn 13;16-17). Como expresión o descendencia de la buena mujer ahora encontramos al lado de Jesús, el Hijo primogénito, al conjunto de los fieles, sus hermanos, es decir, los creyentes de la *iglesia* que resisten en la lucha, llenos de esperanza. Para alumbrarles en su búsqueda de Dios y así ayudarles en la lucha, ha escrito ApJn su libro de visiones. Las Bestias de Satán parecen fuertes pero, en realidad, son ciegas. Los fieles de Jesús que saben por revelación la marcha y el sentido de los tiempos de la historia pueden derrotarlas.

5) El tema prioritario del libro está formado según eso por aquello que pudiéramos llamar el *argumento de la lucha* escatológica. Los temas se cruzan y entrecruzan, de tal forma que resulta difícil saber quién ha empezado la batalla. Las primeras visiones (ApJn 6-9) presuponen que Dios mismo tomó la iniciativa, dando a Cristo el poder sobre los sellos

y tocando las trompetas que pregonan el fin de nuestra historia. Pero luego, en desarrollo que parece explicitar los mismos temas anteriores (Cf ApJn 13-20) descubrimos que la lucha la ha iniciado Satán (la gran Serpiente) y los poderes perversos de la tierra (las dos Bestias y la Prostituta); Dios interviene después para impedir que triunfen los principios de violencia, sumisión y muerte destruyendo de esa forma a los humanos; interviene Dios al ofrecernos su gracia salvadora en el camino y meta de la historia, por medio de Jesús Cordero asesinado que aparece al final y viene a mostrarse como Esposo de las Bodas. A partir de aquí podemos resumir el tema precedente: aquel mismo Jesús que había iniciado la batalla al descorrer los libros de la historia (ApJn 5) se definía como el Cordero Sacrificado; esto significa que había padecido la violencia de los hombres, muriendo asesinado con los pobres de la tierra. Mirada desde Dios la gran batalla no se puede entender como violencia sino todo lo contrario, como plena *antiviolenca*: por medio de Jesús Sacrificado, la gracia de Dios viene a triunfar sobre las fuerzas de violencia de la tierra (del Dragón y de sus Bestias). Así podemos resumir ya el argumento principal de nuestro libro.

6) Hay, ciertamente, un *desenlace negativo*, que se expresa en la derrota y destrucción de los poderes de violencia (ApJn 18-20). Ese final de muerte ha sido precedido y anunciado por todas las señales anteriores que se cumplen al ritmo de los sellos abiertos del gran libro, cuando suenan las trompetas de llamada escatológica y los ángeles de Dios derraman las copas de su ira (cf ApJn 6,7-11;15-16). Pero la derrota y destrucción final de la violencia y muerte de la historia se condensa luego en tres momentos principales. El primero es la *caída de la Prostituta* (Roma) a quien atacan y aniquilan los poderes de la historia, en paroxismo de violencia fratricida que destruye de raíz a los violentos (ApJn 16,17-19,10). En un momento posterior el mismo *Caballero del caballo blanco* (Cristo) vence y aprisiona con la voz de su Palabra a las dos *Bestias homicidas* (Poder y Mentira de la historia) (ApJn 19,11-21). Finalmente, el mismo Dios envía fuego del cielo para herir y cautivar por siempre a *Satanás*, que es la Serpiente o adversario primigenio (ApJn 20,7-10). Estos son los tres actos finales del gran drama que, en sentido estricto, pueden entenderse como aspectos o momentos de una misma destrucción de la violencia. Fue muy grande el barroquismo de los preparativos: los signos de amenaza se amontonan en series convergentes donde hallamos siete fases o momentos principales (de sellos, trompetas y copas). Pero luego, el fin y destrucción de los poderes adversarios principales (Prostituta, Bestias y Satán) se cuenta brevemente, en concisión que es admirable. De aquello que en verdad importa no podemos en el fondo decir nada o casi nada. El ApJn ofrece

simplemente la esperanza de que un día vencerá la vida de Dios sobre la muerte de Satán que amenazaba a todos los humanos.

7) La historia viene a culminar de esa manera en una *Meta de esperanza*. Hay Dios y Dios se muestra como bueno y creador para los hombres. Ha venido y muerto el Cristo, y Cristo es vida y salvación para sus fieles. Por eso al fin, cuando la historia torturada de violencia y de mentira acaba, viene a desplegarse ya la nueva y verdadera realidad con signos llenos de verdad, ternura y vida. Emergen así y triunfan para siempre los símbolos más hondos y gozosos de la espera: Dios acabará, ya en plenitud su creación al suscitar al fin *un cielo nuevo y una tierra nueva*; habrá triunfado ya la historia salvadora de Israel con la llegada de la *Jerusalén nueva* que baja de lo alto como esposa preparada para el gozo de las bodas; habrá cumplido su misión total el Cristo de Dios, que ha derramado ya su sangre (Cordero Sacrificado), ha terminado ya su guerra (Caballero victorioso) y ha venido a presentarse como *Esposo* enamorado y victorioso de una humanidad que encuentra ya su dicha y permanece para siempre en el misterio de sus bodas (ApJn 21-22) Este es el final. Como en los mitos más profundos de la historia, la gran prueba de los hombres cesa y la batalla de la vida acaba en matrimonio: Jesús ha realizado su tarea; él ha vencido, superando con amor a los poderes que intentaban imponer la ley del odio y de la muerte en nuestra historia. Frente a la tragedia fatalista de unas bodas que avivan el deseo de la sangre (tema de F.G.Lorca), descubrimos aquí el drama de una *sangre* (muerte de Jesús) que abre el camino de las *bodas* verdaderas que se abren como don de gracia a todos los hombres y mujeres de la tierra.

### 3) APOCALIPSIS PERSONAL: EL DRAMA HUMANO

Se ha dicho que *una imagen vale más que mil palabras*. Según eso, el ApJn libro de imágenes del Cristo victorioso, valdría más que todas las restantes palabras de la Biblia. Hemos aludido ya a ese tema en el comienzo de estas reflexiones, distinguiendo en un primer momento la cultura religiosa que se expresa en las imágenes eternas de los dioses (griegos) y la profecía que realiza lo que dice haciéndose palabra (judíos) Pero también después hemos podido advertir que los caminos y las líneas se entrecruzan, especialmente en la Biblia israelita: los apocalípticos sintieron la exigencia de expresar y proyectar la misma voz de Dios y su palabra en las imágenes más hondas que actualizan el futuro y comprometen a los hombres en la historia.

En esa misma línea ha culminado nuestro libro (ApJn), viniendo a situarnos precisamente allí donde culminan y de alguna forma se unifican los caminos precedentes, de manera que la misma imagen aparezca ya como palabra. Recordemos que al principio de todas las visiones de la historia final hay *un caballo blanco* cuyo caballero anuncia el triunfo de los justos sobre el mundo (ApJn 6,1-2). Retorna al fin el signo y el jinete viene a presentarse como "fiel y verdadero". Sin duda alguna estamos ante el gran esposo vencedor de Sal. 45,5 que "cabalga en la verdad y la justicia" pero lleva su vestido tinto en sangre, pues ha muerto por los hombres, de manera que aparece también como Cordero sacrificado (cf ApJn 5,6;19,13). Sólo ahora se proclama con gran fuerza su nombre: se llama *el Logos o Palabra de Dios* y triunfa en la batalla de la historia con la misma voz que surge de su boca como espada de discernimiento y de promesa (ApJn 19,14-15). En ese rasgo se han unido para siempre imagen y palabra; el caballero triunfador, el gran soldado del reino, es la Palabra que Dios dice y es para los hombres. Y con ésta se han unido para siempre imagen y palabra.

Recordemos desde ahora al caballero vencedor que es a la vez *Imagen y Palabra de Dios* y releamos desde aquí todo el mensaje de Jesús (Mc 4 par) y su visión teológica más honda, allí donde aparece como Logos encarnado (Jn 1,14). El poder de Dios se identifica así con la palabra que siembra y que se ofrece en gesto de comunicación universal. Dios mismo se vuelve así palabra dentro de la historia. Consiguientemente sólo son cristianos aquellos que confían en el Dios de la Palabra: los que quieren dialogar y encuentran en el diálogo respuesta a todos los problemas y cuestiones a lo largo y en la meta de la historia.

Cristo aparece ya a manera de *Logos dialogal*. Le ha perseguido el Dragón (ApJn 12,3), le han matado los hombres en gesto que marca el mismo principio del cosmos (cf ApJn 5,6.12;13,8). Precisamente allí donde debía estar el fin está el principio. Los hombres pretendieron silenciar con su violencia al emisario de la gracia de Dios, para imponer de esa manera su reinado de violencia total sobre la tierra, destruyendo de esa forma nuestra historia. Pues bien, Dios ha querido invertir ese proceso de manera que el fin se haga principio: la misma sangre de violencia humana se convierte en color de victoria para el Caballero (ApJn 19,13) de forma que la Cruz se vuelve pascua. Por eso añade el texto que los fieles "limpian" su existencia y "vencen" por la Sangre del Cordero, es decir, siendo capaces de morir con él (por él), cambiando ya todo el proceso de la vieja historia destructiva (ApJn 12,11). Así ha triunfado el diálogo.

Dialogar significa *dejarse matar* : es hablar a los demás sin imponerles con violencia nuestra idea; es escuchar lo que nos dicen sin quererles

responder del mismo modo (sin incitar a la venganza). Aquí está la novedad de ApJn respecto a todos los restantes libros judíos de su estilo y de su tiempo. En el centro de su revelación, *como imagen fundante* del camino y meta de la historia hallamos el Cordero de Dios Sacrificado: se ha dejado expulsar y ha sido asesinado por los hombres, en gesto radical de encarnación y ofrenda de la vida.

Dios se encarna en nuestra historia permitiendo que descargue en su impotencia de Cordero toda la violencia y lucha de los humanos. De esa forma ha dialogado: habla muriendo, comunica su mensaje dejándose matar. Sólo en ese fondo se comprende lo que sigue: sólo un Cordero que está sacrificado habiendo muerto y recibido en carne propia la violencia de los hombres, puede abrir y dirigir el libro de la historia (ApJn 5). Este esquema de inversión sacrificial nos capacita para ir penetrando en los repliegues del discurso de violencia que aparece como clave hermenéutica de todas las visiones del ApJn.

En un primer nivel hallamos la *violencia inútil* de aquellos que asesinan al Cordero indefenso de Dios y a sus amigos sobre el mundo. Esta es una violencia impotente que no logra conseguir su objeto, porque hay Dios y Dios avala, sostiene y resucita a su Cordero, haciéndole principio de esperanza desde el mismo centro de la historia. Le han matado los hombres, para así expulsarle con violencia de la tierra haciéndose los dueños de todo lo que existe. Pero Dios ha invertido ese proceso de muerte y destrucción, poniendo ya el camino de la historia en manos de ese mismo Cordero asesinado conforme a la visión que ofrece la parábola tan equivalente de los malos viñadores (Mc 12,1-12).

Podemos hablar luego de una *violencia proyectiva* que se expresa de manera especial en los "poderes" de la naturaleza. Conforme a una lectura poco atenta del ApJn, es Dios quien mueve y conmociona con sus sellos, sus trompetas y sus copas de ira ardiente los terrores de este mundo, en visión amenazante de furor y destrucciones. Este es el tema que primero llama la atención de los lectores actuales: ellos se encuentran ante un mundo pervertido, enloquecido donde todo parece que se quiebra, amenazando sin cesar a los humanos. Se ensangreca el mar, los ríos son corrientes de veneno, sécase la tierra, pierde el sol su lumbre o quema todo cuanto encuentra... Este es el lenguaje apocalíptico que hallamos repetido sin cesar en los oráculos del tiempo. Pues bien, al interior de ApJn, ese lenguaje ratifica los pavores de eso que llamamos la "violencia proyectiva": aquellos que combaten contra el Dios de gracia (y contra su Cordero y fieles) quedan atrapados en las redes del miedo y destrucción del cosmos. Ellos mismos van gestando y alimentan la violencia de las fuerzas naturales o, al menos, se imaginan atrapados dentro de ella, en una especie

de espiral de miedos. Ciertamente, nuestro autor sabe que el mismo Dios actúa y en un plano ha interpretado la amenaza de las fuerzas naturales como expresión de su violencia escatológica. Pero a otro nivel de acción histórica, la angustia de este mundo y su batalla ha de entenderse como una expresión de la "violencia proyectiva" de los hombres: ellos acaban encontrando en la naturaleza aquel mismo terror que han suscitado al perseguir a los pequeños y cristianos. En lenguaje de evangelio, pudiéramos decir que Dios perdona siempre de manera gratuita y creadora. Pero la naturaleza (y la misma historia humana) no perdona. Quien violencia ha sembrado violencia recoge, en una especie de talión siempre opresor. Es lógico que venga a sentirse perseguido el que no ha hecho otra cosa que seguir y perseguir a los demás con toda fuerza. Eso es lo que llamamos violencia proyectiva.

Hay que hablar también de una *violencia contagiosa* que nos lleva hasta la meta de la misma destrucción interhumana. El caso más latente lo encontramos en la lucha de los propios reyes de este mundo en contra de la Prostituta (Roma). Por un lado se han servido de ella para su provecho, enriqueciéndose a su costa y destruyendo juntos a los pobres de Jesús (cristianos). Pero, en un momento dado, ellos mismos se conjuran y se elevan contra ella hasta arrasarla, derribándola en el suelo (ApJn 17,15-18). Esta escena pavorosa muestra cómo la violencia "devora a sus propios hijos" o, mejor aún, ataca y asesina hasta su propia madre pervertida, que aparece al fin como prostituta vieja, odiosa para aquellos que antes fueron sus amantes.

Es significativo el hecho de que Dios y su Cordero no tienen que luchar para vencer a la ciudad perversa; ella misma ha buscado su ruina al ir alimentando la violencia de los pueblos que tenía sometidos. Expandiendo de manera universal esta experiencia (quien a hierro mata a hierro muere, Mt, 26,52), pudiéramos decir que el ApJn no trata de la ira de Dios sino tan sólo de la ira y la violencia de los hombres. Habiendo matado al Cordero, expulsando del mundo la gracia, los hombres terminan cautivos del propio poder de la violencia; por eso combaten y luchan hasta destruirse<sup>9</sup>.

Esta es una buena interpretación y, en el fondo, nos hace capaces de ver con rectitud la trama entera de este libro. Pero en otro plano, el mismo

---

<sup>8</sup> Entre la amplísima bibliografía sobre el tema recogida por U. Vanni en obras citadas en nota anterior, cf E. Schüssler F., *The Book of Revelation. Justice and Judgment*, Fortress, Philadelphia 1985.

<sup>9</sup> En esta línea es importante releer ApJn desde el método que ofrece R. Girard en *La violencia de lo sagrado*, Anagrama, Barcelona 1983 y en *El misterio de nuestro mundo*, Sígueme, Salamanca 1982.

ApJn ha presentado la caída de los poderes adversarios de violencia como efecto de la acción de Dios y Cristo. En otras palabras, Dios no deja que las cosas vayan siendo, Dios las hace, introduciéndose en la historia, de manera directa, en los momentos decisivos de su trama. Uno es *el momento de Jesús* que es, a la vez, cordero asesinado por los hombres y Palabra salvadora de Dios; como caballero vencedor destruye a los mesías falsos de este mundo (las bestias) con la espada o mensaje originario de su boca (ApJn 19,11-12). Viene luego *el momento de Dios* que aprisiona y destruye a Satán igualmente con el fuego (palabra) de su boca (ApJn 20,7-11), de manera que su misma fuerza creadora (su palabra) viene a presentarse para los perversos como fuente de condena, invirtiendo de esa forma lo que Gen 1 mostraba como fundamento de la vida y orden del mundo.

Vinculemos ya los planos y volvamos a mirar en unidad las destrucciones: *los reyes sometidos* matan a la prostituta, en un talión que expresa la ley de nuestra historia: *Cristo* vence con su sangre y su palabra a las dos Bestias falsamente mesiánicas; *Dios*, en fin, destruye a Satanás, el adversario de sus fieles. Parece que aquí se está contando la misma gran historia del juicio y destrucción del mundo en tres niveles. Por un lado son los mismos hombres de violencia y perversión los que se acaban matando entre sí y de esa manera completan su línea ascendente de maldades. Pero, al mismo tiempo en esa misma acción humana se revela aquello que el ApJn ha presentado como *ira de Dios y de su Cristo*, utilizando así el lenguaje de la tradición apocalíptica anterior.

Sobre esa *ira (orgué) de Dios* ha meditado con rigor San Pablo, interpretándola en Rom 1,18 y ss. desde el nuevo amor del evangelio: realiza Dios su juicio perdonando en Cristo a todos los culpables. Desde ese mismo fondo han de entenderse ahora los textos que ofrece nuestro libro cuando trata de la ira (ApJn 6,16;11,18 1tc) y del furor (cf *thymos*, ApJn 14,10,19;16,19;19,15) de Dios y del Cordero. En un primer nivel es evidente que Dios y su mesías aparecen como airados: descarga su violencia contenida contra aquellos que se oponen y pretenden destruir su reino.

Pues bien, volviendo a lo ya dicho descubrimos que esa misma *ira de Dios* es, ante todo, una expresión de la violencia de los hombres, que proyectan sobre Dios sus perversiones. Pero ahora nos hallamos ante un dato nuevo y muy extraño: los mismos hombres fieles, que escuchan la palabra del profeta y se colocan ante Dios sin perversiones (sin imágenes), se encuentran confrontados con la ira de Dios. Quizá pudiéramos decir que el evangelio (Buena nueva) se ha venido a presentar ante ellos como buena mala, imagen del terror de un Dios Violento que descarga ciegamente su furor sobre los mismos fieles que le invocan. Parece lógico que Dios haga que surjan fantasías y terrores de violencia entre los hombres que se dejan

llevar por la violencia, como ya hemos indicado y como muestra de una forma genial Sab. 16-19 al explicar aquel acceso de locura colectiva que desciende y se apodera de los viejos egipcios pervertidos. El problema está en los justos, como señalaba agudamente Job. Ellos parecen comportarse con justicia y sin embargo su mismo corazón queda cautivo de terrores; no han sembrado el mal y el mal emerge en su sembrado hasta asfixiarles.

Las visiones de terror de ApJn no han de aplicarse solamente a los de fuera (los perversos). Ellas se han escrito de manera especial para los justos, esto es, para los hombres y mujeres que pretenden mantenerse fieles a Jesús en el camino de la iglesia. En un momento dado les invaden los terrores. No saben por qué y los llena el miedo. Así comienzan a mirar el mundo de una forma que pudiéramos llamar "inversa": es como si Dios se hubiera ya esfumado y todo lo que pasa sobre el mundo fuera expresión de un ángel malo, realidad perversa. Imaginó un día Descartes, como en juego filosófico, que todo lo que vemos sobre el mundo es resultado del engaño de un oculto geniecillo burlador que pretende así engañarnos. Para los videntes del ApJn este no es un juego racional. Más que el modo y forma del conocimiento les importa la verdad de Dios y del hombre sobre el mundo. Aquí reside el valor o sinvalor de sus visiones<sup>10</sup>.

¿Cómo explicarlo? ¿no habrá cambiado ya la misma faz del Dios de amor (que se revela en Jn), apareciendo ahora como signo de venganza?. Así lo han visto psicólogos agudos como el mismo C.G.Jung, que acuden al principio de la complementariedad de opuestos para comprender ese estallido de violencia: el mismo Juan que en línea de amor ha presentado al Dios de gozo y paz en el evangelio ha debido compensar esa visión al ofrecernos ahora el rostro de la ira del Señor en el Apocalipsis<sup>11</sup>.

Pienso que esta forma de enfocar el tema es inexacta, no sólo por el hecho de unir de una manera innecesaria textos de Jn y ApJn sino también, y sobre todo, porque explica mal la novedad y contenido de las imágenes del ApJn. Ciertamente, las imágenes están ahí, cargadas de violencia. Ellas emergen desde el fondo de miedos y de sueños de Israel, tal como han sido reasumidos por la iglesia. Es innegable que aparecen duras: son hirientes. Pero debemos añadir que ellas han sido integradas en un hondo y decidido camino de evangelio que nos lleva de la muerte de Jesús (Cordero asesinado) hasta el futuro y plenitud de su venida triunfadora, el día lleno de gracia de las bodas.

Entre la muerte de Jesús y su retorno en gracia-gloria estamos todos situados. Es ahí donde el vidente nos coloca, haciendo así que vayan

<sup>10</sup> Cf. R. Descartes, *Obras escogidas*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1967, 24, 28, 221, 223-224.

<sup>11</sup> Cf. C.G. Jung, *Antwort auf Hiob*, Rasser, Zürich 1967, 84-104.

desfilando ante nosotros las imágenes y formas primordiales y finales de la vida. Se van desvelando ante nosotros los momentos de eso que pudiéramos llamar un "psicodrama" de iluminación y fe evangélica. Quizá pudiéramos decir que nos hallamos ante un tipo de "texto proyectivo" originario.

Recordemos las figuras de Rorschach: alguien va pasando ante los ojos del paciente preocupado unas láminas que pueden mirarse, y entenderse en varias claves, para que proyecte y lea en ellas sus temores y deseos más profundos, de manera que pueda conocerse y mejorarse con la ayuda que ellas le han prestado.

Pues bien, la serie de figuras y visiones del ApJn ofrecen, a mi juicio, el más profundo y doloroso, el más urgente y personal de todos los posibles psicodramas proyectivos.

Van pasando las imágenes más hondas y sangrantes de la vida, desde Cristo, Hijo del Hombre del principio, hasta las Bodas del final, dejando en medio todas las posibles destrucciones y violencias. Son imágenes que en un primer momento parecen objetivas: están delante, van pasando ante nosotros, en series unitarias que pudieran parecer ciertamente bien repetitivas. Evocan casi todo lo que puede evocarse en este mundo, pero dejan que el lector sea quien vaya interpretando y traduciendo lo que dicen en su vida.

Esto supone que el ApJn implica un tipo de hermenéutica distinta, No se trata de entender su trama con un tipo de discurso racional, de línea filosófica. Tampoco puede interpretarse en su verdad final el texto como si fuera una homilía que nos llama a conversión en plano de piedad o moralismo. El ApJn no quiere aparecer tampoco como un relato de carácter histórico, en la forma que presentan los sinópticos. Nuestro libro es ante todo un "relato de visiones" y por eso ha de entenderse en términos de identificación personal y transformación proyectiva.

Sus imágenes nos sirven para comprender lo más profundo que llevamos dentro, en línea de identificación personal. Cuando el texto dice "y vio...", "se apareció", también nosotros tenemos que ver, introduciéndonos en la imagen y dejando que ella nos alumbre y nos transforme. Se trata por lo tanto de lograr que nos *reconozcamos* en las imágenes; que descubramos y sintamos como nuestro aquello que vemos fuera de nosotros mismo. Por eso es importante que la serie de imágenes se encuentre transmitida por un texto sin colores ni figuras exteriores. Es la misma palabra la que evoca en nosotros un mundo de sentido, haciéndonos capaces de ver lo más profundo que existe en nuestra vida, aquello que nosotros mismos no queríamos saber y no aceptábamos.

Ahora descubrimos la importancia de todas las imágenes violentas o agresivas. Resulta inútil ocultarlas. Nos mentimos al decir que no están dentro de nosotros. Aquellos que se escandalizan mirando la violencia de las fuertes imágenes de juicio y destrucción de ApJn no saben o no quieren conocerse; tienen miedo de sus propias reacciones de dureza, de furor o de venganza. El ApJn nos va enseñando a objetivar y así vencer nuestra violencia. Vivimos dentro de un potencial grande de ira; nos hallamos rodeados y vencidos por el miedo; así habitamos en un mundo de fantasmas destructores y demonios. El Apocalipsis nos ayuda a descubrir, de manera que podamos así reconciliarnos con la parte más dura de nosotros mismos.

Sólo así vencemos un ingenuo moralismo maniqueo que nos lleva a distinguir sin más buenos y malos. Buenos seríamos nosotros, malos los de fuera. En contra de eso descubrimos ya que nosotros mismos somos en algún sentido malos: llevamos dentro la raíz de la violencia; por eso nos perturban y se elevan desde el fondo de la propia conciencia las imágenes más fuertes de la ira y destrucción de la venganza y los terrores.

No se trata de que cambien (se conviertan o se acaben destruyendo) los de fuera. Nosotros mismos somos ya sujetos y protagonistas de ese cambio. Por eso nos miramos en el libro de imágenes del ApJn, para descubrir allí nuestra violencia y superarla, en camino de identificación con Cristo que nos lleva de la sangre (entrega de la vida) hasta las bodas de la dicha más perfecta.

Por eso, no se trata ya sencillamente de mirar y de aceptar lo que llevamos dentro, dejando así que continúe todo como estaba. El ApJn nos va invitando a rehacer, reconducir y recrear esas imágenes, haciendo así una marcha que nos lleva desde el Cristo que ha sufrido (Cordero Sacrificado) hasta las bodas finales de la dicha y paz definitiva. Por eso el psicodrama no termina en el fracaso. Sus imágenes no pueden entenderse y valorarse luego de manera caprichosa o arbitraria. El texto va ofreciendo los momentos de un proceso salvador: hay un camino de reconciliación que ApJn desea que nosotros mismos recorramos de la mano de Jesús, el Cristo.

Teniendo presente lo anterior, podemos añadir que imágenes del ApJn han ido expresando un camino de "individualización" liberadora donde pueden distinguirse tres momentos: 1) imágenes internas; 2) emergencia de Jesús; 3) violencia reconciliadora. Brevemente los iremos señalando.

1) el libro evoca, antes que nada, unas *imágenes internas*. El propio vidente (o lector del libro) debe descubrirse, o mejor, reconocerse en ellas. Verá pronto que los diablos forman parte de su trama interna: es interna

la agresividad y la amenaza que se expresa en ellos. La serie de visiones tiene fuerza proyectiva: expresa fuera lo que el hombre lleva dentro, ayudándole así a verse como desdoblado.

No se trata de echar la culpa sobre otros, descargando en ellos la propia agresividad y desmesura de la vida. Tengo que mirar a las imágenes mirándome hacia adentro, sabiendo así que las figuras del ApJn ofrecen una especie de "retablo de mi propia historia". No se trata de expulsar el mal o de esconderlo en forma represiva. Debo aceptarlo como parte de mi propia realidad viéndome a mí mismo como campo de batalla donde vienen a expresarse los poderes del demonio. Normalmente preferimos emplear la técnica contraria, descargando la violencia sobre un tipo de "chivo emisario" a quien hacemos culpable de los males del conjunto. En contra de eso, esta lectura personal del ApJn nos lleva a descubrir y así reconocer las claves de la propia violencia, en camino de verdad iluminadora. Aceptar lo que somos, ese es el principio de la sabiduría<sup>12</sup>.

2) Al fondo de esas imágenes en donde yo me reconozco emerge *la figura nueva de Jesús y de su gracia*. Yo mismo me descubro como aquella gran mujer celeste que da a luz la vida nueva, a pesar de la amenaza del dragón (ApJn 12). Yo mismo soy *el hombre verdadero* (ApJn 1), que aparece después como Cordero que está Sacrificado (ApJn 5) y que, venciendo sobre todos los poderes adversarios, establece al final la paz, funda las bodas (ApJn 21.22).

Es cierto que el retablo de imágenes del drama nos presenta a los actores positivos como externos. Eso indica que debemos aceptar con gratitud el don de Dios que encontró Cristo desde el fondo de su propia historia. Pero luego, al insertarme como actor en el proceso del drama, ya todas las visiones tratan de mí mismo: Soy yo el que debo recorrer este camino, llegando así a mi propia realidad y plenitud interna. Las imágenes se vuelven ya palabra de llamada y compromiso: de esa forma nos indican los momentos principales, las dificultades y las gracias de la marcha que nos lleva hasta la dicha o plenitud completa. Se plantea de esta forma un fuerte tema de hermenéutica al tratar de distinguir lo interno de lo externo. Ya hemos dicho que *los cuadros de violencia* han de mirarse como internos: así expresan nuestra propia vida desquiciada. Pues bien, ahora parece que cambiamos de nivel y sostenemos que *los cuadros de la gracia* (vida y don de Cristo) han de tomarse como signo de una realidad externa; ellos expresan la presencia positiva de Jesús que sale a nuestro encuentro y nos

<sup>12</sup> Cf. R. Girard, *El chivo espiatorio*, Anagrama, Barcelona 1986.

libera de la propia vida pervertida, cautivada por visiones de violencia. Seguiremos encontrando este problema que nosotros llamamos *paradoja*. Ciertamente existe un tipo de exterioridad del diablo y sus figuras: son el signo de una historia que se quiebra por dentro y amenaza con romperse desde el mismo fondo de la tierra. Pero ésta es sólo una exterioridad histórico-social, que no desborda los límites del mundo: todo lo que el diablo ofrece en su amenaza de terror es creación intramundana.

La exterioridad de salvación es diferente. En un determinado plano, Cristo forma parte de la misma trama de este mundo: por eso nos ofrece desde el mismo fondo de lo humano sus visiones de creatividad personal y sacrificio positivo que conduce hacia las bodas. Pero, al mismo tiempo, Cristo es signo de una gracia superior que sobrepasa todas las fronteras y los límites del mundo. Es don de Dios: presencia de aquel que nos recrea desde el fondo de su propia transcendencia, rompiendo así la trama de violencia de la tierra.

3) Ciertamente, *la reconciliación final* implica un paso a través de la violencia. Alguien pudiera pensar que es más bonito conseguir la luz y dicha sin tener que atravesar el gran camino de las pruebas. Ese no ha sabido valorar las contradicciones que alimentan el momento actual de nuestra historia. Lógicamente protesta contra todos los dolores y las muertes, contra todos los problemas que ensangrecen la existencia. Quiere paz, paz absoluta y desde ahora, sin pasar por los dolores de la prueba.

Es comprensible ese deseo, sobre todo en tiempos de fuerte crispación o de ruptura interna. Quisiéramos tener resueltos los problemas desde fuera, con un tipo de varita mágica que encienda la paz sobre la tierra. Es evidente que el ApJn desea como nadie ese final dichoso; pero sabe que para conseguirla es necesario mantenerse y resistir en medio de la prueba. No puede engañarnos. No nos emociona con fáciles discursos de olvido o plenitud que aparece de inmediato, de una forma que pudiéramos tomar como automática. Sabe nuestro libro que la vida es lucha; sabe que llevamos dentro los poderes de los malos. Estamos en batalla y sólo dentro de ella podemos transformarnos.

Eso significa que el ApJn no es libro de evasión: no nos oculta la verdad, no nos engaña con un fácil espejismo de venturas infantiles. Las visiones que presenta son hirientes, son nuestras visiones. Ellas muestran lo que somos y nos dicen podemos acabar prendidos en medio de la rueda de violencia que amenaza con romperse para siempre. Pero, al mismo tiempo, estas visiones abren un camino de esperanza. Ellas nos revelan la presencia de un Dios que sobresale por encima de la lucha que originan sobre el mundo el gran Dragón, sus Bestias y su Prostituta. Existe Cristo,

Dios de paz que ha transformado la violencia de este mundo en Boda final de gracia plena. En el camino que conduce de Satán a Jesús, en el proceso de transformación de la violencia destructora que se vuelve vida viene a situarnos el ApJn. Así debe entenderlo y revivirlo cada uno de los fieles mientras traza su propio apocalipsis; quizá mejor, él mismo acabará por ser apocalipsis vivo de Jesús sobre la tierra.

Ahora podemos plantear ya algo mejor la paradoja antes citada: las imágenes del diablo eran internas (sólo intramundanas); las de Cristo aparecían también como externas (es decir, extramundanas). Esto nos lleva a superar la simetría entre el bien y el mal, el diablo y Dios, la muerte (infierno) y la grandeza de la vida eterna. Rompemos de esa forma, desde el mismo relato de visiones del ApJn, un dualismo larvado que aparece sin cesar, quizá a partir de Zoroastro, con esquemas helenistas del espíritu y materia con matices de moral maniqueísta.

ApJn no ha presentado su batalla como lucha entre poderes semejante, simétricamente paralelos y contrarios. En un plano de violencia histórica es más fuerte Satanás, de tal manera que entregada a sus poderes, la tierra acabaría destruyéndose a sí misma. Esto es lo que he llamado "interioridad" (carácter mundano) de las fuerzas negativas. Esto es lo que la iglesia cristiana ha proclamado al afirmar que el mundo es incapaz de salvarse a sí mismo, pues acaba siempre condenando y destruyendo al inocente (al Cristo).

Pues bien, Dios se revela desde un plano superior, extramundano, manifestando de esa forma su existencia más allá de todo lo creado. No olvidemos que el diablo es solamente criatura pervertida. Dios es en cambio gracia trascendente: existe desde sí más allá de toda lucha, destrucción, violencia. Existe Dios y se revela como amor originario en medio de este mundo corrompido, por medio de su Hijo Jesucristo. Así lo más externo (Dios) se vuelve lo más íntimo y profundo para el hombre.

Precisamente en el lugar donde se cruzan estos dos caminos surge ApJn. Por una parte, los videntes saben que este mundo tiende a destruirse, en catarata de violencias que aumentan y amenazan sin cesar. Pero, al mismo tiempo en plano superior, los fieles que van viendo su camino en las figuras de este libro han descubierto ya que Dios se manifiesta en Cristo como gracia supravencedora. Su victoria es triunfo del amor más fuerte, revelación perfecta de la no violencia<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> F. Contreras, *El Espíritu en el Libro del Apocalipsis*, Sec. Trinitario, Salamanca 1987 donde se interpretan trinitariamente los "siete Espiritu" del ApJn, en clave de revelación total de Dios.

#### 4) APOCALIPSIS SOCIAL: EL DRAMA DE LA HISTORIA

ApJn ofrece varios planos de lectura. Por un lado lo podemos tomar como *evangelio en himnos*: advertencias y visiones aparecen como secundarias; lo que importa son los cantos de liturgia celestial que los orantes van oyendo y asumiendo en los lugares centrales de su libro, hasta acabar en la palabra más nostálgica y gozosa de "ven, Señor Jesús" (ApJn 22,20). También podemos entenderlo como *libro de fe y voz de consuelo para los creyentes*: están los fieles perseguidos; la palabra de Jesús les ha lanzado sobre el mundo llenos de esperanza y en el mundo sufren ya el rechazo de las fuerzas de violencia que se quieren presentar como divinas. Pues bien, los fieles saben que el culto de esas fuerzas es idolatría: ellas están ya condenadas a la muerte; así, la confesión de fe en el Dios de Cristo se convierte en promesa de consuelo y paz para sus fieles. El libro tiene, finalmente, rasgos que lo acercan a un *manual de propaganda*: exagerando el tema lo podríamos llamar casi "panfleto" al servicio de los fieles perseguidos de la iglesia; sostiene su valor y les ayuda en medio de la lucha en que padecen oprimidos por los grandes de la tierra<sup>14</sup>.

No es preciso distinguir con precisión estos aspectos porque todos están entremezclados. Las reflexiones que ahora siguen acentúan, de un modo unitario, el segundo y el tercero: el ApJn es libro de consuelo, apareciendo, al mismo tiempo, como confesión de fe y manual de historia. Esa misma historia, iluminada desde Cristo y expandida hacia el final escatológico, ha venido a presentarse en este libro como campo de manifestación final de Dios, como motivo para confesarle.

Donde es mayor el riesgo es más auténtica y profunda la respuesta salvadora. Donde el Antidios se muestra con más fuerza (en el Dragón y en su dos Bestias servidoras) viene a revelarse más profundamente lo divino. Precisamente en el lugar de la "antítesis" más grande de este mundo se desvela el Dios de Gracia en Jesucristo.

Veamos ya la *antítesis* o lucha. Por un lado están *las Bestias*, con la Cortesana: ellas reflejan los poderes de este mundo, dominado por el diablo (la serpiente). Por otro está el *Cordero* con la Iglesia de los fieles de Jesús, los perseguidos). Conforme a los principios más profundos de la lucha de este mundo que ha trazado el pensamiento hegeliano, ambos poderes terminan por luchar, han de enfrentarse. Ninguno tiene la verdad completa. Ninguno ha de imponerse destruyendo al otro. Lógicamente, la batalla debe culminar en una especie de "superación" recreadora (Aufhebung)

<sup>14</sup> Hemos aludido a la obra de K.P. Jörns, *Das hymnische Evangelium*, G. Mohn, Gütersloh 1971 que estructura y analiza los diversos himnos de ApJn.

donde, transcendidos los niveles anteriores, surja un tercer plano de verdad más alta que llamamos síntesis<sup>15</sup>.

El esquema hegeliano tiene cierto valor en las batallas o conflictos de este mundo. Resulta hermoso descubrir que ya ninguno de los contrincantes quiere (o puede) destruir al otro. Por eso no hay victoria de ninguno. Sobre el campo de batalla previa viene a levantarse lo mejor de unos y otros, en síntesis armónica que integra (al menos por un tiempo) los valores de aquellos que antes fueron enemigos. Sólo así, asumiendo y superando las antítesis avanza el camino de lo humano.

Digo que este esquema tiene cierto valor pero no puede aplicarse en nuestro caso, pues ya vimos que no existe paralelo o simetría entre los grupos y poderes adversarios. *Las bestias* tienen todo el poder de la violencia y la mentira en dimensión intrahumana. Los fieles de la iglesia no les quieren presentar batalla en ese plano y de esa forma acaban perseguidos, son sacrificados. *Jesús y sus creyentes* tienen toda su verdad (fuerza de actuación y de victoria) en otro plano: ellos presentan su batalla en dimensión de testimonio de fe, en humanidad abierta hacia la gracia de Dios y la esperanza.

Hegel quiso hallar unos principios de lógica capaces de ir guiando el pensamiento y el proceso de la historia. Pero ellos resultan ya incapaces de ayudarnos en el centro de esta *paradoja* escatológica que anuncia el ApJn. Quizá pudiéramos hablar aquí de "paralógica" o también de "supralógica": nuestras visiones mostrarían la más honda verdad de aquello que humanamente hablando es impensable, es increíble.

El ApJn no quiere que los justos lleguen a vencer al adversario en lucha de poder intrahumano. Por eso no desea ofrecernos ningún tipo de revolución donde se inviertan los papeles de los antes enfrentados quedando sin embargo incambiado el esquema de violencia. Tampoco quiere que haya paz de compromiso entre los antes adversarios, de manera que ellos vengan a limar sus diferencias para vincularse (o igualarse) ya en un tipo de síntesis más alta. Apoyándose en la pascua de Jesús, ApJn ofrece unas visiones que prometen (y de alguna forma empiezan a cumplir ya desde ahora) el gran misterio de un amor activo que supera sin violencia a los poderes de violencia de la historia.

En este aspecto, nuestro libro es extremista en el sentido de la palabra: no quiere ceder en el camino de la gracia. Pero su extremismo es antiimpositivo; no exige, no obliga, no manda... Ama y se deja matar allí donde los otros utilizan esquemas de violencia.

---

<sup>15</sup> He estudiado el trasfondo filosófico y teológico del tema en *Dios como Espíritu y persona*, Sec. Trinitario, Salamanca 1989, 271-352.

Con esto hemos llegado al centro de eso que pudiéramos llamar el "argumento apocalíptico". No se trata de "probar que hay Dios" en plano de teoría cósmica, en nivel racionalista. Se trata de mostrar que en la batalla entre el "poder impositivo" (Bestias-Cortesana) y el "amor gratuito" (Cristo-Iglesia) triunfará al fin la impotencia poderosa de la gracia.

Es aquí donde, venciendo en su raíz todas las leyes de violencia de este mundo, viene a situarnos el ApJn. No es un libro de teoría ni un sistema de argumentos conceptuales que se ocupa de verdades que florecen por encima de la historia. Quizá pudiera presentarse a modo de *Libreto de una praxis*. Pero no hemos de entenderlo como partitura ya fijada que se canta o se recita en un teatro de liturgia momentánea o separada de la vida. Este es un libreto de la vida entera: quien asume sus visiones sabe que Dios mismo le ha llamado a vivir el testimonio de Jesús (la no violencia activa) desde el centro de esta historia de violencia.

Mirado así, el ApJn ha de entenderse como texto de una *apuesta*: los fieles de Jesús se comprometen a vivir sobre la tierra en actitud de amor activo y esperanza, sin utilizar jamás los medios de violencia-engaño-codicia de la Prostituta y de las Bestias. De esa forma asumen el riesgo de vivir contracorriente, es gesto que es testimonial pero no puede encerrarse en una especie de puro victimismo.

Ciertamente, las palabras y actitudes del vidente separadas del contexto de la muerte -pascua de Jesús, podrían deslizarse hacia el abismo de un fácil victimismo. Esta serían sus notas principales. 1) *Demonizar* a los contrarios, presentando los poderes políticos de Roma y del conjunto de la tierra como simples servidores de Satán el Diablo. 2) *Dirigirse a la venganza*, dejándose llevar por algún tipo de resentimiento oscuro: deseamos que Dios tome nuestra causa pero le pedimos que castigue con fuerza a los culpables (que son nuestros enemigos). 3) Finalmente, el victimismo acabaría en la *pasividad*: ¡no puede hacerse nada! La culpa la tendrían aquellos que me impiden vivir en plenitud. Yo me refugio así en mi propia condición de perseguido, gozando de ella en gesto de inútil masoquismo<sup>16</sup>.

Hay en nuestro libro rasgos y palabras que podrían entenderse de esta forma, pero el conjunto de la obra y sus visiones nos dirigen más bien hacia una línea totalmente distinta. No olvidemos que el ApJn ha procedido de una intensa experiencia de dolor: los que escriben aquí y cuentan sus ensueños y visiones no son falsos pensadores de salón que teorizan sobre

<sup>16</sup> Ha popularizado esa visión invertida de la literatura apocalíptica y judía en general F. Nietzsche, *Genealogía de la moral*, Alianza, Madrid 1990. No es preciso criticarla directamente, pues todo nuestro trabajo indica ya su limitación.

todo sin haber sufrido nada. Los que toman la palabra en este libro son "testigos", mártires del Cristo, que han sufrido precisamente porque quieren oponerse sin violencia a la violencia del poder organizado. Ellos se saben además, bien apoyados en las viejas visiones de profetas judíos anteriores. Por eso, sus sentencias y figuras pueden parecernos hirientes mucha veces. Pero al fondo de ella se transmite más bien una actitud de "no violencia activa" y creadora.

Los videntes del ApJn creen en Jesús (en la victoria del Cordero que fue sacrificado) y creen también en el *futuro* de la historia. Por eso, sus visiones no se pueden entender al modo griego (ya indicado en el principio de estas reflexiones). No se trata así de trascender la historia y descubrir los signos permanentes y perfectos de lo humano reflejados en los dioses (Atenea, Apolo o Artemisa...). Tampoco se ha querido aquí justificar con rasgos o figuras celestiales la injusticia del poder y de la fuerza que ahora existe y triunfa sobre el mundo. Por eso se rechaza todo intento de fácil sacralismo.

El ApJn ha proyectado creadoramente hacia la meta de la historia humana los motivos y principios del amor de Cristo. Esta proyección no ha de entenderse como efecto de ningún resentimiento ni tampoco como signo de un deseo insatisfecho. Todo lo contrario. El vidente se ha sentido lleno de Jesús plenificado. Por eso vive y canta desde el mundo como si estuviera ya en la gloria de los cielos. Es más, este vidente sabe que el momento primordial y decisivo de la historia ya se ha realizado: ha muerto el Cristo y está resucitado. De esa experiencia de fe surge su llamada de esperanza proyectiva. Lo que ha sido ya (triumfo de Cristo) habrá de ser un día plenamente (parusía). Entre ese *ya* y ese *será*, como signo de fe y exigencia creadora de futuro van abriéndose los temas y visiones de este libro.

Ciertamente algunos cristianos posteriores han querido actualizarlas en clave de violencia y guerra dentro de la historia: fieles medievales de Castilla han sustentado y animado su "cruzada" antimusulmana con palabras del famoso comentario del ApJn escrito por el Beato de Liébana. Algunos lo han leído en clave imperialista: han visto en él un argumento para defender las conquistas de los reyes de la Casa de Austria en los siglos XVI y XVII<sup>17</sup>. Explicaciones de ese tipo han sido, a mi entender, inevitables no sólo en España sino en casi todos los países de la cristiandad de Oriente y Occidente. Por eso ha sido ApJn uno de los textos más leídos y soñados de la historia. Sin embargo, interpretado nuevamente desde la

---

<sup>17</sup> Aproximación valiosa al tema en E. Tourón, *Comentarios del S. XVII al Apocalipsis*, Estudios 39 (1983) 495-511.

luz plena de Cristo el ApJn no justifica ningún tipo de violencia o de venganza, sino todo lo contrario: nos incita a descubrir la hondura y verdad de nuestra historia desde la actitud opuesta. Tenemos que volver precisamente al "reverso" de la tierra, al lugar donde se encuentran los perpetuos humillados y ofendidos, los proscritos de las nuevas estructuras políticas, sociales o ideológicas del mundo. Para dar voz a esos "malditos" de la tierra, para iluminarles con la nueva bendición del Cristo se han escrito las visiones de este libro.

En el apartado anterior hemos querido interpretar ApJn en clave de "Psicodrama individual". Ahora podemos expandir ese motivo en línea histórica y social. No se trata aquí de hacer lo que se ha hecho con frecuencia, sobre todo entre los grupos de cristianos perseguidos y en las sectas. Ellos han buscado semejanzas más o menos arbitrarias de las Bestias del pasado con imperios de su tiempo y después han identificado a Babilonia y a sus reyes con monarcas de todos los colores (desde Gengis Khan a Hitler, desde los antiguos turcos hasta los apenas derribados comunistas). Así han encaminado contra ellos las violencias de todos los "cristianos buenos", ofreciendo sin cesar precisas dataciones sobre el fin del mundo y sus desastres.

Pensamos que las tentativas de ese tipo han sido y son equivocadas. El ApJn no alude ya a un reinado o poder particular (aunque en su tiempo habló de Roma). Terminado ya el momento de su primera aplicación y no cumplidas entonces sus palabras (en el plano de la ruina o la caída inmediata del imperio romano) todo el libro se ha venido a convertir en "paradigma" del conflicto de la historia. Por eso lo podemos entender como psicodrama político y social.

Se repite aquí el esquema que hemos visto ya al trazar la aplicación individual del libro: tendemos a demonizar a los demás, proyectando en ellos nuestros miedos y terrores. Lo mismo podemos hacer con los imperios o naciones de la tierra condenando por satánicos aquellos (sólo aquellos) que juzgamos adversarios (antiguo comunismo, nuevo imperialismo capitalista, bloque islámico etc.). El tema es más complejo. No olvidemos que ese satanismo puede hallarse dentro de nosotros.

Tres son, a mi juicio, los signos principales de la perversión del mundo, visto desde ApJn. Satán se expresa en la *1ª Bestia* que aparece como signo del poder absolutizado: es el deseo de imponerse y triunfar sobre los otros. Se expresa también en la *2ª Bestia* que hemos visto como propaganda o mentira ideológica al servicio del poder. Y finalmente aparece con los signos de la *Prostituta*: es la economía al servicio del poder y la mentira.

Esas Bestias y la Prostituta quieren imponerse sobre el hombre, construyendo así una especie de *Totalidad Sagrada* que pretende recibir

adoración universal. El problema de fondo no consiste en la negación de Dios en plano de teoría (el ateísmo). Lo que aquí nos amenaza es la idolatría: nosotros mismos tendemos a construir para nuestro pueblo un imperio egoísta que triunfe y se extienda a expensas de los pobres, es decir, de aquellos que el sistema debe expulsar o someter para imponerse. Ese imperio no es de fuera. No podemos ya decir: los malos son los otros.

Este es el tema clave de nuestro *psicodrama histórico*. Queremos buscar seguridad en los avances materiales que nos facilita la gran economía o la política del grupo donde estamos incluidos. Deseamos que el sistema funcione en nuestro propio bien y para ello nos valemos de violencia (militar, ideológica, social, económica...) haciendo así que otros (los otros) queden siempre sometidos o/y expulsados. Esta es la clave del conflicto, el lugar donde actualmente se expresa (se repite) el retablo de visiones del ApJn.

Más allá de todas las fórmulas de macroeconomía, más allá de los sistemas de seguridad política integral importan, conforme al testimonio del ApJn, los pobres, marginados, expulsados del conjunto. Ellos no logran imponerse. Cristianamente hablando ellos no pueden (no deben) oponerse con violencia fratricida. Pero cuentan en su haber con las visiones de este libro que les capacitan para comprender la marcha (el sinsentido) de una historia construida sobre el llanto y sangre de los pobres.

El ApJn se viene a convertir de esa manera en libro del más claro entendimiento y la más honda protesta esperanzada. Quizá los perseguidos no tengan razones que se puedan oponer a las razones de los opresores; parece que la misma gran religión y la filosofía pertenecen también a los que mandan, terminando por mostrarse como monopolio de los fuertes (la 2ª Bestia). Pero ellos, los perseguidos, cuentan con la religión de estas visiones que les hacen "ricos" de verdad y de utopía creadora sobre el mundo. Más que los tesoros materiales de la tierra, más que todos los imperios de la historia triunfadora valen estas visiones de la dura violencia que termina destruyéndose a sí misma mientras llega la feliz liberación del Cristo asesinado. Pero al situarnos aquí se vuelven ya vacíos nuestros comentarios: se apagan y culminan así nuestras palabras. Surge poderoso el texto. Contemplemos y sepamos recrear de nuevo sus visiones, en camino de "utopía real", fundada en Cristo<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> He ofrecido una visión más directa del tema de fondo de la lucha final en *La pervisión de la política mundana (El sentido de las Bestias y la Cortesana en Apoc XI-XIII y XVII-XX)*, Estudios 27 (1971) 557-594. Visión de la cristología del ApJn en J. Comblin *Le Christ dans l'Apocalypse*, Desclée, Paris 1965; F. Contreras, *El Señor de la vida. Lectura cristológica del Apocalipsis*, Sígueme, Salamanca 1991.